

sidad de Salamanca. Más que por lo bastos, me llamaron la atención los bancos por tener el reverso de los respaldos completamente llenos de raspaduras, oquedades, grabados, donde se lee, á veces, el nombre de algún personaje que luego fué ilustre en la historia de Inglaterra, todo muy tosco, como puede hacerlo un estudiante, con la navajita, á hurtadillas de su maestro. De un armario me sacaron los azotes con que descargaban sobre las desnudas nalgas de los estudiantes revoltosos é inquietos, quizás de los mismos que habían dejado impresa en el respaldo del banco la huella de su paso por el colegio, y que tenía sujetos sobre sus hombros durante el vapuleo un bedel fornido. Así era la enseñanza.

Locke en Inglaterra y Rousseau en Francia, fueron los que empezaron á sacar á la educación de este lamentable estado. Las ideas de Rousseau fructificaron en Alemania, donde un tal Basedour, fundó, en mil setecientos setenta y cuatro, un establecimiento de educación llamado Filantrópico, en que enseñaba la religión universal, presentando á Dios como padre de todo el universo, y las obras de caridad como su mejor culto; sustituyó el antiguo sistema memorista y de cantinelas por otro más racional, acompañado de ejercicios corporales para desarrollar al par el cuerpo y el espíritu. Estos establecimientos, aunque se propagaron rápidamente y merecieron elogios calurosos de Lessing y de Kant, tuvieron vida efímera, como suele acontecer con todos los ensayos; pero dejaron abierto el camino por donde marcharon otros con paso más firme, entre ellos el caballero Rochow, que escribió libros para la educación y fundó en sus vastas posesiones escuelas-modelos para sus aldeanos, las cuales fueron la palanca de la enseñanza elemental del pueblo bajo en la Alemania del Norte. Eclipsó á todos estos por su vocación, desinterés y amor al prójimo el suizo Pestalozzi, nacido en mil setecientos cuarenta y seis y muerto en mil ochocientos veintisiete, que consagró su vida entera al grandioso objeto de educar al pueblo y formar maestros elementales. Mas no acompañaba á su ardiente y puro idealismo el sentido práctico suficiente, y esto fué causa de que fracasaran todas sus empresas, incluso la célebre escuela normal de Iverdun. Pero la semilla quedó. Sus principios, consistentes en armonizar la educación del corazón con la de la inteligencia y desarrollar las aptitudes especiales del niño, sobrevivieron y fructificaron en sus discípulos, cuyos principales fueron Diaterweg, que fundó, en mil ochocientos veintisiete, un periódico pedagógico y dirigió, desde mil ochocientos treinta y dos, la escuela normal de Berlín, y Froebel, el inventor de los famosos jardines de la infancia. Uno y otro tuvieron que sostener constante lucha con numerosos adversarios, interesados é ignorantes, entre los que figuró Hegel. Abrazó también el sistema de enseñanza de Pestalozzi y trató de implantarlo en su país el inglés Owen, fundador de una especie de socialismo humanitario y autor de un folleto ponderando las excelencias de la enseñanza, muy atrasadas entonces en la ya opulenta y poderosa Inglaterra.

En Blankenburgo abrió Froebel, el año de mil ochocientos cuarenta, el primer jardín de la infancia. La idea obtuvo acogida tan calurosa, que establecimientos semejantes se levantaron como por encanto en todos los países donde había personas generosas y con vocación á este género de trabajos. Su objeto era enseñar jugando, desarrollar el cuerpo y la inteligencia por medio del juego. Mas el tiempo no justificó las esperanzas que el sistema hiciera concebir, por haberse inclinado la balanza del lado de la inteligencia. Ciertamente que los niños ganaban gran suma de conocimientos, pero era á costa del vigor de su pensamiento, que se debilitaba bajo la pesadumbre de la carga. Ya en mil ochocientos cuarenta y cuatro, el doctor Trinki publicaba en Dresde un artículo censurando el funesto afán de embutir en la juventud un saber que luego no le servía de nada. «Sobre nuestras tumbas, decía, se levantará una generación rica en saber, pero pobre de ingenio, incapaz de entusiasmo, de sacrificios, petulante, insolente y necia, en la que el egoísmo habrá ahogado desde muy temprano todo sentimiento generoso. La embriaguez de placeres sensuales y brutales será la suprema aspiración de esa generación nueva».

Se atendió con igual solicitud á la educación de los infelices niños privados de uno ó más sentidos. En mil setecientos sesenta, se abrió en Francia la primera escuela de sordomudos, conforme al sistema del abate De l'Epeé, y diez y ocho años después, fundaba en Leipzig Samuel Heinicke, según su sistema especial, la segunda, que sirvió de modelo á las que luego se establecieron en Viena, Berlín y Praga. A Francia cupo también la gloria de levantar en mil setecientos ochenta y cuatro la primera escuela de ciegos, como empresa particular, á la que siguió la de Viena en mil ochocientos ocho, y luego otras varias en diversos puntos. De esta suerte, al tiempo que la revolución política transfería la soberanía del rey al pueblo, se esforzaba la enseñanza en ilustrar al nuevo soberano habilitándole para el ejercicio del derecho.

Si en filosofía corresponde la primacía á Alemania, nadie puede disputar á Francia el primer puesto en historia. Los estudios históricos se limitaban á una reunión de sucesos, ordenados por el orden del tiempo, á semejanza de las antiguas crónicas. Los franceses Montesquieu y Voltaire fueron los primeros en abrir á la historia nuevos horizontes y dotarla de espíritu crítico é independiente: el primero, en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia* y en su *Espíritu de las leyes*, donde hace desfilar á los ojos del lector las constituciones, creencias, cultos y costumbres de los pueblos; el segundo, en su *Siglo de Luis XIV* y *Estudio sobre las costumbres é índole de las naciones*, en que dedica atención preferente á la vida interior de las colectividades, á su estado moral y material y á los progresos de las ciencias, letras y artes. Este nuevo método de comprender y escribir la historia halló en seguida adeptos en Inglaterra, como lo muestran las obras de David Hume, Robertson y especialmente Gibbon, cuya *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* recuerda la que con

título semejante había escrito Montesquieu. Numerosas traducciones de estas obras se hicieron en Alemania, sin que, por la esclavitud tradicional que pesaba aún sobre este país, se le ocurriera á nadie la idea de escribir libros de historia política en el sentido moderno. Limitábase los eruditos alemanes á tratar ciertas ramas de la historia, siendo la obra de esta clase más notable que apareció por entonces la *Historia del Arte en la antigüedad*, de Winkelmann, cuyo principal mérito consiste en presentar un cuadro completo del nacimiento y desarrollo del arte.

En el período de la Restauración (mil ochocientos quince á mil ochocientos treinta), Francia produjo obras históricas notabilísimas, sobre todo en la patria historia, sin duda por el gran desarrollo que allí alcanzó el sentimiento nacional. Sismonde de Sismondi, laborioso y sagaz, escribió, de mil ochocientos diez y ocho á mil ochocientos cuarenta, su *Historia de los franceses*, vasta y preciosa, la primera en que se atiende al estudio de la nación más que al de los reyes y se procura averiguar la hilación de los hechos intelectuales, morales, religiosos y económicos. Agustín Thierry, mirado como el padre de la historia moderna, no cede á ninguno de sus contemporáneos en ciencia y aventaja á todos como artista. Su *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, publicada en mil ochocientos veinticinco, de material abundantísimo, espíritu poético y admirable elocuencia, fué traducida á varios idiomas y es «quizás la obra más interesante y bella de historia que se ha escrito en el siglo décimo noveno». Más tarde, no obstante haber perdido la vista, dió á luz los *Relatos de los tiempos merovingienses*, el *Ensayo sobre el tercer Estado* y otros trabajos, todos de erudición profunda, esmaltados de luminosas ideas y de estilo encantador. Aunque no tan ilustre como su hermano, se conquistó también como historiador puesto distinguido Amadeo Thierry, principalmente por su *Historia de la Galia bajo la dominación romana*. Justa es la posteridad en su tendencia á asociar los nombres de los dos hermanos. Astros de primera magnitud son, igualmente, Francisco Mignet, por su *Historia de la revolución francesa hasta mil ochocientos catorce*, publicada en mil ochocientos veinticuatro, y Luis Adolfo Thiers, que dió á luz poco después su *Historia de la revolución*. A una rara sagacidad en discernir el encadenamiento de los sucesos, junta Mignet la cualidad de presentarlos como matemáticamente ineludibles. El éxito de su obra fué inmenso; se tradujo á varios idiomas, y de cada traducción se hicieron repetidas ediciones. Su defecto consiste en exagerar quizás la hilación de los sucesos, de los que los individuos vienen á ser como elementos inconscientes, hasta irresponsables. Thiers es un gran patriota, que ensalza lo que cada época ofrece de notable y sobresale en las descripciones, en los cuadros de las grandes batallas, que embellece con su lenguaje incomparable.

Los fundadores de los estudios históricos modernos en Alemania fueron Niebuhr y Schlosser: aquél, por su *Historia del Imperio romano*, publicada de mil ochocientos once á mil ochocientos treinta y dos y cuyo principal mérito consiste en ser el primer ensayo

para eliminar de la historia todo lo legendario; el otro, por su *Historia del siglo décimo-octavo* y su *Ojeada general sobre la historia universal antigua*, notable por considerar el desenvolvimiento de los pueblos como producto general de su estado intelectual y de cultura, y por la importancia que da á la descripción de los progresos literarios y filosóficos. Siguiéron á éstos: Rotteck, con su *Historia universal*, que terminó en mil ochocientos veintisiete, de tendencia liberal, pero desordenada y falta de unidad; Federico de Raumer, con su *Historia de los Hohenstaufen*, publicada en mil ochocientos veintiséis, de material no bien escogido ni estudiado; por último, Adolfo Menzel, con su *Historia de los alemanes* (mil ochocientos veintitrés), desvirtuada por un exceso de patriotismo. El más notable de los historiadores ingleses de este período fué Enrique Hallam, por su obra maestra *Historia de la constitución de Inglaterra desde Enrique VII hasta la muerte de Jorge III*, en la que maneja un material abundantísimo con tanta claridad como saber profundo.

No menos que en la historia política y general, se progresaba en el cultivo de sus diferentes ramas y de sus ciencias auxiliares, llevando también Francia la delantera en estas dos direcciones. El francés Abel Willemain, genio penetrante y sintético, fundó en su país el estudio de la literatura comparada. La expedición de Napoleón á Egipto hizo que una porción de sabios se consagrasen á desenterrar de las tumbas la civilización de aquel pueblo. Champollión el joven logró, descifrando la inscripción de Roseta, descubrir la clave para la lectura de los jeroglíficos, y publicó, en mil ochocientos veintiuno, su *Memoria sobre la escritura jeroglífica*, y en mil ochocientos veinticuatro, su *Sistema jeroglífico*. Lo mismo que Champollión con los jeroglíficos, consiguió Grosefeld con la escritura cuneiforme de los asirios, sobre la que trabajaba desde mil ochocientos tres Silvestre de Sacy. Doctos ingleses y franceses, entre estos últimos especialmente Abel Remusat, se dedicaban á divulgar la afición al estudio del idioma y literatura de la China. Los estudios indios se remontan al siglo décimo-octavo. De mil ochocientos setenta y ocho es la *Legislación oriental*, de Agustín-Duperron; de mil setecientos noventa, la *Gramática sanscrita*, de Paulino de Saint Barthelemy; de mil ochocientos veintiséis, el estudio sobre el Palí, dialecto derivado del sanscrito, de Burnouf, y de mil ochocientos veintiocho, las *Obras maestras del teatro indio*, de Langlois. Novedad notable fueron también los estudios de los hermanos Grimm sobre las modificaciones ocurridas en el transcurso de los siglos en el idioma alemán, así como su colección de leyendas, cuentos, poesías y otras supervivencias literarias, que contribuyeron á despertar entre sus compatriotas el amor á la raza y á su historia.

A este género de investigaciones se despertó afición extraordinaria en el período de mil ochocientos treinta á mil ochocientos cuarenta y ocho, en que realizó progresos notabilísimos no ya solo la historia general, mas también la particular, circunscrita á países, épocas, comarcas, ciudades, sucesos particulares, instituciones, artes, literatura, medici-

na, mediante la investigación de archivos, documentos, crónicas, inscripciones y la observación y análisis de costumbres, monumentos y trajes. El material histórico que se amontonó fué realmente inmenso. Francia continuó marchando á la cabeza de este movimiento. Thiers consolidó la fama que le valiera la *Historia de la Revolución* con la *del Consulado y del Imperio*, «modelo de narración clara y fácil al través de la abundancia aplastadora de los documentos». Notable por su paciente laboriosidad en acopiar materiales fué Francisco Guillermo Guizot, cuyas obras se titulan *Curso de Historia moderna*, *Historia general de la civilización en Europa*, *Historia de la civilización en Francia* y la que escribió después de su caída del poder, *Memorias para servir á la historia de mi tiempo*, que contiene la historia parlamentaria de Francia de mil ochocientos treinta á mil ochocientos cuarenta y ocho. Si como particular era Guizot insoportable por lo entonado, tieso y definidor, cual si hablase siempre á un público de estudiantes; si fué funesto como político, por no haber llegado á comprender la época en que vivía ni la generación que le rodeaba, como historiador ocupa un puesto eminente, tanto por sus minuciosas investigaciones cuanto por sus grandes síntesis. Historiador, poeta, pintor, orador apasionado, admirable, sobre todo, en el arte de volver á la vida á las muchedumbres desaparecidas y á los personajes velados por la niebla del pasado, tal es Michelet en su inmensa *Historia de Francia*, desde los tiempos más remotos hasta mil ochocientos quince. Narrador frío y casi matemático cuando trata de asuntos lejanos, Michelet se deja dominar por su fogosa fantasía cuando cree ver triunfantes sus ideas personales, dando entonces al traste con la verdad histórica, de lo que es buena muestra la continuación de la obra citada que trata del período de las revoluciones. El poder avasallador de su lenguaje contribuyó á afirmar el mito nacional que los franceses se habían formado de su gran revolución, y que impidió por mucho tiempo llegar á restablecer la verdad. Muy distinto de Michelet fué su compañero en el Colegio de Francia, el nebuloso Edgar Quinet, poeta también, para quien la Historia era ocasión de concebir y forjar sistemas, en parte poemas y en parte sueños, de estilo armonioso y ondulado, tanto como el de su compañero era nervioso y cortado. Con la edad se hizo más claro y sencillo. *La Revolución* es un libro nutrido de ideas, que hace reflexionar y que revela un historiador filósofo. El elemento oratorio y poético caracteriza las obras históricas francesas de este tiempo, quizás sin más excepción que la *Historia de la Galia Meridional*, de Claudio Carlos Fauriel (mil setecientos setenta y dos á mil ochocientos cuarenta y cuatro), uno de los pocos doctos que supo hermanar un amor patrio intenso con la imparcialidad más severa.

A la cabeza de los historiadores alemanes en este período aparece Ranke, por sus obras *Historia del Pontificado*, *Historia de la época de la Reforma religiosa* y *Nueve libros de historias prusianas*, publicadas de mil ochocientos treinta y cuatro á mil ochocientos cuarenta y ocho. Trata la Historia objetivamente. Sobre un vasto material, reunido á fuer-

za de labor perseverante, desarrolla y dibuja los caracteres de los personajes históricos sin asomo de pasión ni de entusiasmo, al punto de llegar á figurarse el lector que habla con los mismos diplomáticos, consejeros ó generales. Gran fama valieron á Fallmerayer sus *Fragmentos de Oriente*, publicados en mil ochocientos cuarenta y cinco, por el estilo poético y brillante, á pesar de su escaso mérito histórico. En este mismo período escribió Godofredo Gervinus, discípulo de Schlosser, su primera obra *Historia de la Literatura poética alemana*, que luego rehizo completamente, y empezó á darse á conocer el que tanta fama había de alcanzar como historiador de Roma, Teodoro Mommsen.

En Inglaterra, los dos historiadores más notables de este tiempo fueron: Jorge Grote, por su bien trabajada *Historia de Grecia*, una de las mejores obras en su clase de la literatura inglesa, y Macaulay, por su *Historia de Inglaterra*, que dejó sin terminar, verdadero modelo del arte de escribir historia y que ha sido imitado en todos los pueblos cultos. Otros muchos se dedicaron á escribir acerca de la historia de la India británica y de las colonias.

Dotó á la literatura húngara de la ciencia histórica el conde Majlath (mil setecientos ochenta y seis á mil ochocientos cincuenta y cinco), y proveyó de patria historia á la población slava de Bohemia Francisco Palacky, que con gran cantidad de conocimientos supo halagar la vanidad de sus compatriotas, contribuyendo poderosamente á despertar el espíritu de independencia nacional de los checos.

Los estudios orientales fueron cultivados igualmente con creciente ardor. En Egiptología, trabajaban Champollion Figeac, Letronne y Prisse d'Avesne, entre otros; Botta desenterraba las ruinas de Nínive y los palacios de Khorsabad; Eugenio Burnouf traducía el *Vendidad-Sade*, atribuido á Zoroastro, y el *Bhagavata Purana*, de la India; Munk, Frank, Fresned y Causin de Perceval publicaban luminosos trabajos sobre la civilización semítica, y, en fin, Julien, Parie y Coullard d'Arcy continuaban los estudios de xilografía.

Notabilísima fué igualmente la actividad desplegada en la historia de las literaturas de las diferentes naciones y épocas. Trabajos apolillados salieron del fondo de los estantes, y, publicados de nuevo, contribuyeron á vigorizar el sentimiento nacional, el amor patrio, al par que permitieron ahondar en el conocimiento de otras épocas y sociedades. Estos estudios han dado un fruto en que nadie soñaba, el de penetrar en la psicología de los pueblos hasta fijar su espíritu, su alma, que sirve de faro para caminar con paso firme por los antes inextricables senderos de la Historia.

Llegamos, por último, á la Economía política, que se constituye en ciencia á fines de la décima octava centuria, con la memorable obra del inglés Adam Smith *Investigaciones acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, publicada el año de mil setecientos setenta y seis, como resultado de larga serie de trabajos que arrancan del ministro